



NUM. 31.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 29 DE JULIO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



las diversas comisiones y á los astrónomos que han estado observando el eclipse del 18 en varios puntos de nuestra península, se les ha invitado por el gobierno á tener una conferencia en Madrid para discutir sobre los resultados de sus observaciones. Muchos de

ellos han aceptado la invitación y las conferencias se celebrarán según parece en esta ó en la próxima semana. Creemos que el pensamiento del gobierno es mas bien obsequiar á los astrónomos extranjeros que han elegido á España como punto de sus observaciones, que obtener grandes y positivos resultados científicos de estas conferencias. En el corto tiempo que ha pasado desde que se verificó el eclipse apenas si le ha habido para los cálculos mas comunes: hasta que no se publiquen las observaciones de todos los hombres científicos que han examinado el fenómeno, no solo desde España, sino desde otros países, no es posible compararlas, y hasta compararlas no se puede hacer el estudio detenido que se necesita para deducir resultados. Se pueden sentar únicamente hipótesis mas ó menos razonadas, cuya validez solo el continuado estudio puede confirmar ó desvanecer. Nos alegramos sin embargo de que se aproveche esta ocasion de obsequiar á los sabios extranjeros, y de que vean los adelantos hechos en España en materia de observaciones astronómicas, hasta el punto de ser el Observatorio de Madrid uno de los mejor dotados de Europa en materia de instrumentos.

En el número inmediato creemos poder ya ofrecer á nuestros lectores un artículo que para ellos está escribiendo sobre el último importante fenómeno celeste nues-

tro colaborador don Felipe Picatoste y Rodriguez, que, como hemos dicho, le ha observado en Oropesa.

El 24 fue día de besamanos general y particular en el palacio de San Ildelonso con motivo de los días de la reina madre. Según dicen de aquel sitio, el acto estuvo muy concurrido de autoridades, empleados, y jefes de palacio. Por la tarde á las seis la corte salió con toda pompa á ver los juegos de aguas de las magníficas fuentes de aquellos deliciosos jardines. Ya creemos haber dicho, y si no, lo decimos ahora, que en el otoño las personas reales harán un viaje á Cataluña y Aragon; viaje que algunos desean que se estienda por un lado á las Baleares y por otro á las provincias Vascongadas. La visita que hasta ahora parece decidida es la de Barcelona, Reus y Zaragoza: las demás se decidirán con arreglo al tiempo y á las circunstancias.

Las noticias de Italia son importantes. El gobierno napolitano ha mandado evacuar á Mesina y las otras dos ó tres plazas fuertes que aun poseia en Sicilia. Esta evacuación se ha llevado á efecto, y en su consecuencia toda la isla se halla ya en poder de la insurrección y separada de Nápoles. Mientras esto pasaba en Mesina, Garibaldi se embarcaba en Palermo con fuerzas considerables. ¿Hacia dónde se ha dirigido? El telégrafo que comunicó la noticia, ha estado cuatro días sin decir nada sobre su paradero; mas para nosotros es indudable que habrá desembarcado ya en el Continente. Acaso la evacuación de Mesina tenga por objeto concentrar las tropas destinadas á resistirle. La guardia real en Nápoles se ha insurreccionado varias veces gritando viva el rey y abajo la Constitución y queriendo obligar á los habitantes á dar estos vivas. Se la ha hecho salir de la capital y se cree que será enviada al encuentro de los voluntarios de Garibaldi, donde podrá dar amplias pruebas de su adhesión al monarca. Este pensaba en retirarse á Gaeta, punto mas fuerte para la defensa. En cuanto á las negociaciones de los enviados napolitanos en Cerdeña, no adelantan un paso para la alianza que están encargados de procurar entre Victor Manuel y Francisco II.

Siguen siendo desconsoladoras las noticias de Siria, donde los cristianos hasta en las mismas capitales se encuentran espuestos á las atrocidades mas horribles por parte de la fanática población musulmana. El gobierno de Constantinopla envia un ejército turco, á las órdenes de Fuad-Bajá, para reprimir los desórdenes; mas para que los turcos reprimiesen los desórdenes seria necesario que empezasen reprimiéndose y castigándose á sí pro-

prios, á sus sacerdotes, á sus mufties, á sus autoridades y á sus correligionarios. Tropas turcas habia en Beirut y Damasco cuando la población musulmana se lanzó á asesinar cristianos y á saquear sus casas; ¿y qué hicieron? Los jefes por medida de prevision y prudencia acordaron encerrarlas en sus cuarteles, temiendo que en vez de impedir el mal contribuyesen á acrecentarlo tomando parte en aquellos actos de crueldad y violencia. El imperio otomano, hay que desengañarse de una vez, está carcomido y amenaza ruina: sus elementos se desgregan de una manera visible, y el gobierno del sultan, á pesar de sus buenas intenciones es impotente para establecer una administración ordenada y regular. Ha llegado el imperio otomano á asimilarse lo posible con la civilización europea; pero la asimilación actual no es bastante; la civilización exige mas, y la religion mahometana, es decir, la que forma la base de las instituciones sociales, del derecho, y de la misma existencia del imperio, no consiente seguir mas allá. Para poner término á las crueldades y á los escándalos de Siria hay que acabar con la dominación del mahometismo; para acabar con esta hay que concluir con el mismo imperio otomano; hay que sustituirle con otro imperio, griego, latino, misto ó como quiera que sea, pero cristiano al fin. La Francia ha tomado la iniciativa en la necesaria intervención á favor de los cristianos y ha mandado preparar una escuadra con una division de desembarco. Inglaterra, Austria y Rusia envian allá sus buques y la España contribuye tambien con dos de estos para la obra comun. La diplomacia es posible que dilate todavía la marcha de la expedición y que resucite la cuestion de Oriente bajo la faz de los intereses pequeños que en otro tiempo la suscitaron; pero la Providencia se rie de las combinaciones diplomáticas y encamina los sucesos á su mas lógico y justo desenlace.

Un periódico inglés dice que habiéndose presentado á lord John Russell una comisión de la sociedad formada para la abolición de la esclavitud, quejándose de que en Cuba no se cumplen los tratados que declaran abolido el tráfico de negros, aquel ministro ha dado seguridades contrarias á las buenas relaciones que le unen al gobierno español; y aun indica que ha ofrecido entenderse con los Estados-Unidos para una especie de bloqueo de las costas de Cuba. El *Times*, que es el periódico á que aludimos, hace muchos años que de cuando en cuando suele publicar algun artículo esponiendo la conveniencia de bloquear la isla de Cuba y entenderse con los norteamericanos para ello. Esto ha sucedido siempre que los

norte-americanos han tenido alguna cuestion con los ingleses en que los últimos no han salido muy bien librados, ó siempre que el gobierno británico ha tratado de obtener alguna concesion del español. La trata de negros está prohibida en Cuba, y prohibida sigue; y la prueba de que se cumplen los convenios es que resintiéndose la agricultura de la falta de brazos en aquellas provincias (y no se resentiría si el comercio de negros no estuviera enérgicamente perseguido) ha habido necesidad de dar un reglamento para la introduccion de trabajadores asiáticos y se ha suscitado la cuestion de la inmigracion libre africana.

Y es singular: la España no tiene mas que dos provincias Cuba y Puerto-Rico donde por circunstancias especiales superiores á nuestra voluntad se halla establecida la esclavitud, mientras que la esclavitud con todos sus horrores y agravada por inauditas crueldades existe en la mitad de los Estados-Unidos del Norte. Sin embargo, la Inglaterra y las sociedades abolicionistas inglesas se quejan de que en Cuba no se cumplen los tratados y no se quejan de los horrores que consienten los Estados-Unidos. Lord John Russell habla contra España á los comisionados de esas sociedades, y adula á los Estados-Unidos que están mas lejos y tienen una marina respetable.

Nos parece que lo ha de pensar mejor lord John Russell antes de adoptar la línea de conducta que le aconseja *El Times*, al cual hemos visto ya demasiadas veces convertirse de leon en manso cordero.

La máquina freno, ensayada el otro día por el señor Castellvi para detener los trenes de los ferro-carriles dió satisfactorios resultados. Los frenos actuales no pueden detener un tren que marche con gran velocidad sino despues de haber recorrido ochocientos metros desde el momento en que se usan hasta que producen su completo efecto: la máquina del señor Castellvi en igualdad de circunstancias los detiene á menos de ciento cuarenta metros. Felicitamos á este inventor por su resultado: deseamos que logre vencer las dificultades que envidias y celos tan mezquinos como incomprensibles le oponen, y esperamos que las empresas de ferro-carriles adoptarán su invento como una gran perfeccion que es sobre el sistema actual y como mayor garantía que da para la seguridad de los viajeros. En la última semana se hizo otra nueva prueba que obtuvo el mismo feliz éxito que la anterior.

Todavía no podemos decir nada positivo á nuestros lectores sobre organizacion de compañías dramáticas y ajustes de cómicos y cantantes. La época del calor es ahora como la cuaresma en otro tiempo, y la crónica del café de Venecia es muy insegura.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

VI.

Ya lo hemos dicho: lo único que pertenece á la fantasía en el impreso del señor Cervino, es la intervencion del cielo y del infierno en los sucesos de la campaña.

Pero sobre no ser esto nuevo, es completamente inoportuno.

El señor Cervino ha dado á su obra un decidido carácter gentilico, como le han dado á las suyas todos los poetas que han bebido demasiado en las fuentes de la poesía griega.

Al imitar, ó al tomar por modelo las obras maestras de la literatura pagana, no han podido menos, tan servilmente se han apegado á ellas, de reflejar en las suyas el ciego fatalismo gentilico, que reduce al hombre á la condicion miserable de un autómatas movido por una voluntad superior.

En los poemas griegos el héroe no es sino lo que quiere el destino que sea: convertido en instrumento, sirve de juguete á divinidades rivales, y sucumbe, cuando, compartiendo su destino, la deidad que le protege es vencida por otra deidad su enemiga: las batallas de la tierra no son mas que una copia simultánea de otras batallas que se dan en el espacio: la peste, la discordia, el hambre, las tempestades, no son sucesos eventuales, son divinidades funestas que suben del Erebo á la tierra, y van á diezmar ó perturbar ejércitos, á escitar pasiones, á determinar conflictos, obedeciendo á deidades de un rango superior.

La poesía griega hija de una teogonía puramente sensual, y de una viva impresionabilidad, surgió de la naturaleza, inspirada á la imaginacion por el entusiasmo, por el sentimiento de lo heroico, por el culto á la patria

y á la gloria. La poesía griega determina el mas bello período de la poesía universal, cuya oscura infancia aparece en la India, cuya juventud se determina en el Egipto, cuya bellísima juventud se desarrolla en la Grecia, cuya virilidad resplandece en Roma, cuya decadencia se observa en la edad media, y cuya decrepitud se indica en el Renacimiento en que su solo destino es copiar, y se agrava en nuestros tiempos, en que la poesía es sabia, pero desprovista de entusiasmo, en que ha dejado de ser sintética para ser analítica, en que todo en ella es resultado de la esperiencia, nada de la intuicion, nada de la inspiracion. Los griegos pedian á las artes y á la poesía lo bello, lo grande, lo sintético; nosotros pedimos á la poesía y á las artes lo verdadero, á lo verdadero lo bello, á la razon el análisis.

Hoy la humanidad sabe mucho, pero siente poco; hoy la humanidad sabe ser crítica, pero no sabe ser creadora; hoy la humanidad no es idólatra, pero es impía.

Los griegos espiritualizaron la materia, sin conocer el espíritu; nosotros materializamos el espíritu subordinándole á una materia que aun no conocemos bien: los griegos inventaron un dios ciego al que llamaron Destino: nosotros hemos inventado una fatalidad inversa á la que llamamos razon: los griegos llegaron fatalmente al sentimiento formulado por medio de la inspiracion, y nosotros llegamos raramente á la forma por medio del sentimiento: ellos estaban mas cerca de la naturaleza y por consecuencia de Dios, sin conocerle: nosotros, conociendo á Dios, somos esclavos del arte y estamos por consecuencia muy poco alejados de nosotros mismos: los griegos, sin pretenderlo eran grandes, y nosotros aspirando siempre á la grandeza jamás la logramos: nosotros hemos inventado la estética y nos embrollamos en la complicacion de sus teorías: ellos sin teorías, sin reglas, produjeron la escética práctica, la escética de hecho.

Así, pues, nada hay de comun entre la poesía griega y la poesía moderna: querer seguir las huellas de la poesía pagana, esto es: querer asimilarse hoy á lo que era aquella, es querer perderse en una aberracion: la poesía imitacion de la griega no puede ser otra cosa que una poesía de reflejo, una poesía muerta; una rapsodia de aquella incomparable poesía descendida del cielo, elevada de la tierra, surgida de los mares, hija del aire y de la luz, viva, ardiente, fecunda, llena de un misterioso poder de fascinacion.

Los griegos inventaron su poesía, ya lo hemos dicho, en la naturaleza, y al inventarla la divinizaron.

Un día, un poeta vió las negras nubes de la tempestad sobre su cabeza; oyó el trueno adelantando, ronco, rápido, retumbante; vió reventar la nube en fuego, partir el rayo, y en medio del relámpago vió al águila que batió tranquila sus largas alas; vió con el sentimiento todo lo que nosotros hemos razonado, y no inventó el pararrayos; inventó el Dios; hizo una estatua grandilocuente, llena de majestad, á la manera que el paganismo concebía la majestad; la sentó en un trono; puso en su diestra el rayo, y á sus piés el águila; llamó á la estatua Júpiter Olímpico, la adoró, puso ante ella un ara y la regó con la sangre de las víctimas propiciatorias.

Otro día, otro poeta vió el mar agitado por el huracan, y el politeísmo tuvo á Neptuno y á Eolo; vió la campiña cubierta de mieses y adoró á Ceres, la diosa productora; vagó en las florestas y apareció Flora; bajo la sombra odorífera de los frutales, y nació Pomona; sintió dentro de sí el amor, y Venus, simbolo de la hermosura, madre del amor sensual, se alzó de los mares como una perla sobre su concha: sintió la inspiracion, conoció el encanto de la poesía, escuchó con delicia la armonía del ritmo, necesitó un dios para aquella ardiente inspiracion, para aquella dulzura, para aquella armonía y nada encontró mas ardiente, mas luciente, mas armonioso, que el astro regulador del tiempo: Apolo fue el dios de la poesía, el dios de la música, el dios de la luz, el del arco inevitable, el del tremendo oráculo; y en la luna solitaria en la noche, pálida y dulce, amiga de las nubes y de las aguas, vió la pureza, vió la castidad y la llamó Diana; todo hijo de la impresion, del sentimiento, y todo simbólico, todo lógico en aquella humanidad joven, como todo es lógico en el sentimiento de los niños.

Por eso la mitología es un poema profundamente filosófico, con relacion á la manera de ser y de sentir del pueblo inventor del mito; y por eso la poesía griega es eminentemente mítica y filosófica, y porque solo es filosófica en la esfera del sentimiento eterno, es eminentemente fatalista.

Hija de la naturaleza y grande como ella; como ella vivificada por el aliento de la divinidad, ¿cómo puede adaptarse á la forma, á las tendencias de la poesía de los antiguos una mezquina prosa rimada? ¿Cómo impedir, pues, que hoy toda aspiracion épica deje de dar por fruto la parodia mas ó menos ridícula? ¿Cómo pretender que los modernos aspirantes al título de poetas heroicos, puedan sostener la comparacion con Homero, padre del clasicismo antiguo? ¿Cómo querer que esos soñadores ó esos insensatos, puedan ser correctos, si al ajustarse á la manera, al sentimiento, á los recursos del poema clásico, al copiarle, le desnaturalizan pretendiendo hacer á los hombres modernos hombres de la antigüedad, cubriendo una forma pagana con un manto cristiano y mezclando de una manera absurda lo fatal y lo providente, lo pagano y lo cristiano, lo muerto y lo vivo, haciendo desempeñar á Gabriel el papel de Mercurio, y á Santa

Teresa, la parte de Venus? ¿Bautizando el gentilismo, como ha dicho muy oportunamente Chateaubriand, y gentilizando el cristianismo con un ridículo *Deus ex machina*, que no sirve mas que para respetar una rancia rutina académica, y para quitar todo mérito al héroe cuyo nombre se pretende enaltecer en el poema?

Si; usar esos recursos, es arrebatar al héroe, ó al pueblo que se canta su personalidad: es verdad, que los poetas cristianos han hecho uso en sus obras de lo sobrenatural, pero ya lo hemos dicho: el estudio apasionado de los antiguos los ha llevado á ese error: a veces, no hay ningun poema cristiano de que no se pueda arrancar esta intervencion divina sin que al arrancarla quede incompleto el asunto.

Ademas, en el poema moderno la lucha del cielo con el infierno, mata el interés: todo el mundo sabe que aquel á quien el espíritu infernal proteja es vencido; no puede ser de otro modo; en el poema pagano es distinto; aunque el padre de los dioses proteja á un héroe, el héroe puede ser vencido si así lo ha determinado el Destino; porque el Destino entre los paganos estaba sobre todo.

Quede, pues, sentada nuestra opinion de que la intervencion de poderes celestiales ó infernales en el poema, es innecesaria, dañosa, y, sobre todo, ridícula.

Lo que hemos dicho, lo dijimos con ligeras variaciones cuando ocupándonos del repertorio clásico de Adelaide Ristori comparamos la poesía antigua con la moderna, estableciendo sus diferencias esenciales; si en este lugar lo hemos repetido, no ha sido ciertamente porque la obra del señor Cervino merezca ni aun el trabajo de copiar lo que entonces dijimos, sino porque una vez con la pluma en la mano, y en la ocasion, hemos querido repetir un consejo á la juventud que se dedica á la poesía: la literatura griega, madre de la literatura moderna é infinitamente superior á ella, debe estudiarse, deben imitarse cuanto sea posible sus bellezas, pero debe evitarse la imitacion de todo lo que en ella pertenece á la manera de ser de la civilizacion griega: otra cosa seria entrar con una absoluta falta de critica en el camino de lo falso y de lo absurdo; seria desnaturalizar dos poesías: la pagana y la cristiana.

VII.

Volvamos á inclinar los ojos sobre la *Nueva Guerra Púnica*, que ya harto cansados de ocuparnos de ella, hemos apartado por un momento de sus desiguales renglones.

Nos ocupábamos en buscar su plan y hemos visto que no le tiene: porque ni aun en esa absurda intervencion del cielo y del infierno se ve un solo rasgo de ingenio ni nada que no sea estravagante.

Para probar la carencia de plan de la *Nueva Guerra Púnica*, nos basta con copiar la primera de sus notas.

«Nada hay exagerado en esta descripcion ni en las anteriores. Léanse las *Gacetas* y los periódicos del tiempo (1). Mas adelante se verá que todo el poema se ha escrito con sujecion á lo que resulta de los partes oficiales, de cartas publicadas, y de documentos fidedignos.»

El señor Cervino no ha escrito, pues, un poema, aunque él dé este nombre á su obra, sino que ha rimado los partes oficiales, puesto que ha escrito con sujecion á ellos, no con conocimiento de ellos, como era preciso que fuera, no habiendo presenciado el señor Cervino la campaña.

Pero esa misma nota nos embrolla y nos aturde: una de dos: ó nosotros no hemos leído todos los partes oficiales y las cartas publicadas, ó el señor Cervino se equivoca cuando dice que *todo el poema*, es decir, desde la cruz á la fecha, está escrito con sujecion á las noticias oficiales, y á correspondencias publicadas: porque ¿dónde está el parte oficial que comunica la conspiracion de los diablos contra nosotros y la explosion de entusiasmo patriótico de los bienaventurados españoles á la noticia del insulto inferido á nuestra honra por los marroquíes? ¿dónde el parte ó la correspondencia en que consta que el demonio Abú incendió el Génova con la cola? ¿Por qué comunicacion oficial supo el señor Cervino,

Que el ángel avilés (2), la gran Teresa,
Una luz de la estrella de los mares (3),
Que la Esposa le dió de los Cantares (4)
Bajo del cielo esplendorosa y bella
Y enfrenó al ponto al alumbrar con ella? (5)

¿Y dónde otros estraños y miraculosísimos sucesos que aparecen en la obra del señor Cervino?

Pero es verdad: el señor Cervino habla tambien de haberse valido de documentos fidedignos, documentos sin duda muy reservados á causa tal vez de lo escepcional,

(1) Como si dijéramos: *fruta del tiempo*. Ni aun en prosa deja de ser estravagante y libérrimo hasta un extremo increíble el señor Cervino.

(2) No estamos muy versados en la biografía de los santos, pero este ángel avilés quiere decir, sin duda, que Santa Teresa nació en Avila. Es preciosa la minuciosidad del señor Cervino: *enseña deleitando*.

(3) Es decir, que como una lucerna, la estrella de los mares, consta de una multitud de luces.

(4) Suponemos que la Iglesia fue quien dió la luz, porque no es otra que la Iglesia la Esposa del Cantar de los Cantares.

(5) ¿A quién alumbró la luz? ¿al ponto? no, porque entonces diría: Y enfrenó el ponto al alumbrarle con ella; pero entonces no constaba el verso; no importa; supongamos que dice lo que debiera decir: *basta con que se deduzca; y prescindimos del poder de enfrenar al ponto, que dá el señor Cervino á una luz de la estrella de los mares.*

de lo maravilloso de su contenido: porque se ha abusado tanto de úlcera *beatíficas*, de imágenes que trasporan tanto de *crucen* las unas, que *rebulen* incesantemente los sudor las otras, y ha habido un teson tan impio en al-
gobios para patentizar la impostura y hacer que la ley castigue á los impostores á lo divino, que las gentes necesitarían ver palpablemente como Santo Tomás un milagro para creer en él.

Por eso indudablemente, los partes, las correspondencias y los documentos fehacientes en que deben constar todas las noticias de lo sobrenatural, consignado en el impreso del señor Cervino, no han visto la luz pública, quedando completamente ignorados hasta que nuestro autor consigna implícitamente su existencia, declarando que todo lo que aparece en su obra está escrito con sujeción á partes, correspondencias y documentos.

De aquí se desprende que la *Nueva Guerra Púnica*, no tiene plan porque no le necesita; con arreglo á su propósito, al señor Cervino le ha bastado con seguir correlativamente el conteso de partes, correspondencias y documentos: de lo que resulta: que el señor Cervino no ha sabido lo que se ha dicho llamando poema á una especie de compilación, de abreviación, de extracto: llamara á su obra: *Crónica incompleta, extravagante é indigesta* de la guerra de Marruecos, *escrita en variedad de jergas*, y hubiera dicho la verdad y merecido un premio, sino por poeta, por franco, liso y llano.

Porque no es tampoco una crónica rimada como la Araucana la obra de que nos ocupamos: la Araucana cubre completamente la falta de una historia de la guerra de Arauco: supongamos que por desgracia no quedase de nuestra última guerra con Marruecos otra noticia que el poema del señor Cervino: la historia no sabría por él otra cosa, sino que, algunos generales y algunos regimientos españoles, combatidos por los diablos, mas que por los marroquíes, ayudados mas que por su valor por el ángel avilés, por la Esposa de los Cantares, por los ángeles y por los bienaventurados, habían pasado sobre la arena púnica un periodo de tiempo indeterminado, y se habían vuelto sin ruido, sin luz y sin moscas.

Porque aunque el señor Cervino, dice haber descrito en la nota que copiamos, el señor Cervino se equivoca de nuevo: no ha descrito nada.

Ni ha determinado la causa de la guerra, ni ha hecho sentir el generoso entusiasmo de España, al encontrar una ocasion de lanzarse á la guerra contra un enemigo formidable, que no necesita de que el diablo le ayude para ser incansable y feroz: ni ha hecho sentir el heroísmo de nuestros soldados viendo visos, á los bravos habitantes de un país indómito y fanático, para los que, segun sus creencias, la guerra con el cristiano es un medio seguro de obtener muriendo las inefables delicias del paraíso: ni ha encontrado en su paleta colores para ofrecernos un facsimile de la naturaleza en Africa, ni aun siquiera ha seguido fielmente el relato de los partes oficiales: es mas, ha llegado cansado á Tetuan; la ha incendiado, ha plegado las alas y ha concluido, dejándose en el tintero, mas bien en los partes, todo lo relativo á la capitulación y entrega de Tetuan, el reconocimiento sobre el camino de Tánger, las proposiciones de paz por Muley-el-Abbas, el desgraciado suceso de Melilla, la entrevista de Muley-el-Abbas con O'Donnell á propósito de la paz, los bombardeos de Larache y Arcilla por nuestra escuadra, el movimiento de avance del ejército hacia Tánger, la memorable batalla de Guadras, y por último la conclusion de la paz.

¿Por qué el señor Cervino ha llamado poema á una obra á mas de absurda, incompleta, y sobre todo (el señor Cervino puede llamarse á sí mismo y á sus obras como mejor le plazca), porque la Academia ha aceptado como poema y ha premiado lo que ni siquiera es crónica?

¿Comprende la Academia por qué somos duros con ella? ¿Cree la Academia que tenemos un placer en hacerla cargos? ¡Ah! ¡no! es que á la Academia le ha caído encima en esta ocasion el *aliquando dormitát*; es que, tal vez por una aberración á la que en vano buscamos disculpas, ha producido con su premio un gran escándalo literario; es que, á pesar de nuestra amistad, nuestra deferencia, nuestro respeto justísimo á muchos de los académicos de la Lengua, amamos mas, respetamos mas á las letras españolas, que por desgracia se encuentran en un deplorable periodo de decadencia; es que no queremos que esa decadencia se exagere con el veredicto incomprensible de una corporación de literatos, de escritores, de poetas.

Hemos hecho la anterior salvedad, porque despues de publicada la parte de este artículo inserta en el número anterior del MUSEO UNIVERSAL se nos ha dicho, mas aun, se nos ha escrito que nuestra crítica *«respecto al señor Cervino, bien: pero que han encontrado duros los ataques á la Academia particularmente en algunas expresiones»*.

Quien crea que atacamos á la Academia, no nos comprende; hemos pasado ya de la edad y de la situación en que se ataca por el solo placer de mortificar; hacemos un sacrificio al ocuparnos de este asunto, violentamos nuestras afecciones, cumplimos, en fin, con un doloroso deber.

¿Qué importa, dirán algunos, que sea mala la composición premiada? ¿Acaso no es una verdad aquel dicho de Cervantes *«el que imprime necesidades dálas á censo perpetuo»*?

Vivimos en una época de indiferentismo, el *«qué im-*

porta?» está á la orden del día. Nosotros por mas que sepamos que importa templarse al tono general, no hemos podido acostumbrarnos á la indiferencia respecto á ciertas cosas. Nosotros tenemos siempre en los labios, en la punta de la pluma y sobre el corazón, un *«¿qué importa?»* inverso.

Y en efecto, ¿qué nos importan las enemistades, y las interpretaciones, y los errores acerca de nuestra conducta, si por ella logramos producir un átomo, un solo átomo de bien? ¿Qué nos importa que se nos tache de duros con una corporación compuesta en su gran parte de hombres individualmente notables, si con nuestra dureza tenemos la fortuna de oponer un dique, si quiera sea débil, á la repetición de ejemplos como el que acaba de darnos la Academia? ¿Qué importa todo, si acometemos con todas nuestras fuerzas á la corrupción del gusto, á la extravagancia, al desquiciamiento de cuanto se ha tenido por bueno y por recomendable en literatura, y logramos arrollar á la ineptitud osada que se levanta soberbia protegida por la injusticia?

Contra el que importa de la indiferencia, tenemos el que importa de la razón, del sentimiento, del entusiasmo, y así nos ayudará el talento como es severa y valiente nuestra intención.

Pero nos hemos apartado para contestar á los que benévola y cortesmente nos han advertido nuestra dureza, del asunto principal: la tarea que nos hemos impuesto es poco grata y estamos cansados: en el número siguiente continuaremos nuestro fatigoso camino por entre el farrago de la *Nueva Guerra Púnica*.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

IGLESIA DE SAN MARCOS.

(SEVILLA).

Entre los importantes monumentos que á cada paso encuentra el viajero en la ciudad del Guadalquivir, cuyas brisas arrullaron el primer sueño de poetas como Arquijo, Rioja, Herrera y Lista, y de pintores como Murillo, Zurbarán, Herrera y Céspedes, uno de los que indudablemente reclaman la atención de los amantes del arte, es el templo dedicado hoy á parroquia de San Marcos.

La historia de su erección remontándose á los tiempos de la conquista de Sevilla, por el Santo Rey, nos revela el arte con sus preciosos caracteres, y también lo demuestra, la remota fecha de una de las principales partes de aquella fábrica.

Una mezquita tenían en aquel mismo sitio los árabes, que como aconteció con la de Córdoba y todas las demás de la ciudad de Sevilla, fue convertida en templo cristiano, fijando la cruz del Redentor sobre su elevado minarete, y en el hueco donde el faqui alzaba sus oraciones ó repetía, en monótono rezo, los versículos del Corán, un altar dedicado al evangelista San Marcos.

Mas de dos siglos llevaba la nueva iglesia de estar destinada al cristiano culto (desde 1249 hasta 1463), cuando en este último año dividida la ciudad en opuestos bandos á cuyo frente estaban los duques de Medina Sidonia y de Arcos, llegó un día en que habiéndose refugiado ó acaso hechóse fuertes en dicho templo, algunos de estos partidarios, los de la opuesta facción encontraron fácil medio de concluir con ellos, el de pegar fuego á la iglesia.

Si consiguieron ó no su principal objeto, no ha llegado á nuestra noticia, pero en lo que sí no cabe duda es, en que la antigua mezquita quedó casi por completo reducida á ruinas, salvándose solo por ventura la elevada torre en que el muezzin llamaba á los fieles á la oración, y mas tarde la campana de los cristianos, á los hijos de la cruz.

Quince años permaneció en ruinas la iglesia hasta que en 1478 el celo de los fieles volvió á levantarla con sus tres naves, y su mayor capilla, en la que los artistas que la hicieron, dejaron un monumento mas del ojal estilo en nuestra patria, si bien no tan sobrecargado de adornos como en aquella época decadente se acostumbraba, al menos guardando mejor las tradiciones del anterior siglo XIV.

La torre árabe, escepto en las adiciones que para el servicio del culto cristiano se le hicieron, es aun mas importante, como ejemplo del estilo mahometano en nuestra España durante su segundo periodo, nacido en el siglo X, y al cual distinguen algunos con el nombre de transitivo, por descubrir en él marcada tendencia á olvidar los recuerdos bizantinos, para constituir un género de arquitectura mahometana, pero puramente española, tendencia que solo había de realizar mas tarde en las orillas del Darro, bajo la dominación de los nazaritas.

Pero no son recuerdos artísticos únicamente los que despierta en el viajero la iglesia de San Marcos. Si la torre y las naves ocupan antes que nada su curioso espíritu investigador, si en la principal capilla, se detiene ante la estatua del santo, obra de Pedro Roldan (*el mozo*), y en el de las ánimas ante el lienzo de don Domingo Martínez; también recordará que en aquella misma iglesia, descansaron los mortales restos de dos célebres artistas de los cuales acabamos de nombrar

uno, Pedro Roldan, *el viejo*, que fue allí depositado en 4 de agosto de 1797, y su hijo Pedro Roldan, *el mozo*, que lo fue en 3 de mayo de 1726.

La parroquia, ya que no la misma iglesia, conserva también no menos importantes y gloriosos recuerdos.

En el número 100 moderno de la calle de San Luis, antiguamente conocida con el nombre de calle del Garabato, vivió y murió, el pintor sevillano Andrés Melchor de Sarabia, compañero y grande amigo del maestro Juan del Castillo, padre de la escuela sevillana, en cuyo estudio aprendieron el divino arte, Cano, Murillo y Moya.

Allí también, aunque ignorándose la casa, vivió la célebre doña María Ignacia Roldan, escultora de cámara del rey don Carlos II, que en el Escorial dejó notables muestras de su genio, y allí por último al contemplar la elevada torre mahometana, acudiendo á nuestra imaginación la vida de los pasados siglos, creemos ver destacarse encima de la plataforma la noble figura del pobre hidalgo que, rico de genio, prestó inmortal vida á otro *ingenioso hidalgo*. Desde ella con harta frecuencia, cuando apenas era mas que simple soldado, contemplaba Miguel de Cervantes Saavedra el hermoso rostro de Isabela, que cercana á la iglesia vivía, mujer de quien la fama cuenta, fue el verdadero amor del manco de Lepanto.

EL MANTO DE ESTRELLAS.

I.

La noche es la expresión mas feliz de la majestad y la grandeza.

Cuando las estrellas despiden su brillante luz, como sargas de perlas derramadas en el espacio:

Cuando la luna las vela con sus rayos de plata, para que resalte mas el transparente y puro azul del cielo en que se pierden:

Cuando el viento no mueve las hojas de los árboles, ni las pasiones apresuran los latidos del corazón:

Cuando no limitan nuestra mirada las estrechas paredes de una casa, ni estorban nuestro pensamiento los quejidos del vecino moribundo.

Entonces, tendidos sobre una hamaca, que se mece entre los árboles; en una noche de primavera templada y serena, y mirando al cielo sobre vuestra frente:

¿No os habeis creído alguna vez mas grandes, no habeis soñado que os elevabais sobre la tierra como llevados por hadas, que las estrellas rodeaban vuestra hamaca y que respirabais mejor?

No es entonces el espacio esa inmensidad que abruma á la luz del sol: que hace concebir la idea de vacíos infinitos, pero sin eslabones, ni relación, sin vida y sin paraísos: que deja adivinar otras montañas tras las que parecen una bruma en el fondo del mar; otros llanos mas allá del último que domina la vista; otros mares que impelen hasta la orilla al que contempláis.

De noche la naturaleza es mas grande, y tiene mas poesía; es sublime y por eso armoniza con el alma.

Una estrella es un mundo que conduce á otro mundo, y que os permite ver otros mil en confusa lontananza.

Es una inmensidad que no abruma, porque se presenta en una sucesión indefinida, que la imaginación no intenta analizar.

¡Mil veces bendita la luz de ese lucero, que la humanidad pagana dedicó al amor!

¡Mil veces bendito ese rastro de nieve que envuelve en su indeciso crepúsculo millares de mundos, con sus movimientos, sus leyes, sus componentes, y hasta sus seres quizá!

Si las estrellas no fuesen mas que adornos de luz, la creación sería una mentira.

Pero... ¡cuán grande es la creación!

II.

Esto me respondió mi amigo Felix hace pocas noches en su jardín, cuando yo le preguntaba por sus antiguas conquistas.

Sus pensamientos filosóficos me hicieron sonreír, porque hace dos años (cuando yo le perdí de vista), Felix era todo un calavera, y lo que es mas todo un escéptico á la moda del día.

Felix notó mi sonrisa, adivinó su causa y en pocas palabras me enteró de lo que yo ansiaba saber.

Y he aquí este episodio de su vida.

III.

Al empezar el último carnaval, mi amigo buscaba los placeres con mas ansia que nunca.

El bullicio de los salones, las bellezas enmascaradas, la agitación del baile, y la excitación del insomnio, no bastaban á calmar su sed de locura y de embriaguez.

Una orgía desenfadada que Felix había dispuesto y dirigido, sustituyó al baile del Teatro Real.

Y mujeres sin alma y sin sensaciones, y hombres muertos para el amor y el heroísmo, eran su acompañamiento infernal.

Felix tambien habia encontrado en aquel recinto diabólico, á su inseparable compañero el hastío.

Y loco, anhelante, calenturiento, como si huyese de un fantasma que le perseguiera sin cesar, rechazó bruscamente de sus brazos á la pareja que le habia tocado en suerte, y abriendo una ventana, y apoyando en el antepecho sus codos para que sostuviesen su cabeza, respiró con fuerza, como si el viento de la noche fuese el bálsamo de sus dolores.

Algunos minutos despues se arregló precipitadamente el desordenado traje, buscó á tientas la puerta del salon, bajó de cuatro en cuatro los escalones, y saltó, mas bien que avanzó hasta el medio de la calle, para abarcarla de una ojea la.

IV.

Amanecia.

Y una mujer se iba alejando con paso majestuoso por el fondo de la desierta calle.

Que era hermosa, lo decia á Felix su corazon.

Que distaba mucho de sus compañeras de orgía, lo indicaba, el lento paso y la hora estraña en que se nos presenta.

Que era una aventura digna de mi amigo, aparecia de su traje.

Porque la arrogante desconocida llevaba vestido y mangas de encaje negras, guantes del mismo color, y un

velo tambien negro con estrellas de plata que la cubria de piés á cabeza.

¿Saldria de un baile de máscara?

¿Era estrañera?

¿Estaba loca?

Felix fluctuaba entre estas diversas suposiciones, y no acertaba á fijarse en ninguna.

Pero al acercarse, al rozar su vestido despues de una rápida carrera, mi amigo no pudo dudar.

Llevaba arrugada entre sus pequeñas manos una negra careta de raso.

Seguro ya de su procedencia, Felix volvió á sus comentarios, muy disculpables en un hombre de su temple, y acerca de una mujer tan misteriosa y solitaria.

Pero no duraron mas que un minuto.

En un instante de descuido, en un momento en que nuestro héroe habia forjado en su imaginacion un mundo de ideas, de palabras y de proyectos de felicidad, la hermosa vision habia desaparecido.

Parecia que una puerta invisible se habia abierto sin ruido á su paso, ó que se habia evaporado como un espíritu tentador de la edad media.

Sin embargo y pasada la primera sorpresa, Felix calculó, combinó, previno y formó su plan de campaña para perseguir á la juguetona fantasma.

Aquella noche fué al baile del teatro Real, hermoso como nunca, elegante como pocos, y entusiasta y apasionado de la incógnita como ninguno.

Entró el primero en el salon.

V.

Al cabo de media hora el vestido negro y el velo estrellado aparecieron en la puerta.

Felix se estremeció de piés á cabeza, como si corriese algun peligro inminente.

Vacilante y trémulo se dirigió pesadamente hácia ella y la dijo con voz apenas perceptible.

—Si no temiese ser indiscreto, me atreveria á pedirlos el primer vals.

—Acepto, contestó la enmascarada con aparente frialdad.

Felix quedó mudo é inmóvil como una estatua.

El vals habia empezado.

Era una tanda de Strauss, original, diabólica, sublime.

Mi amigo estrechó la cintura de su pareja: tocó su mano: sintió su aliento anhelante y perfumado, y palideció intensamente lleno de amor sensual.

Ella por el contrario parecia un cadáver magnetizado.

Sin embargo Felix tartamudeando se atrevió á decirle en las primeras vueltas.

—Sentiria fatigaros apresurándome demasiado.

—Al contrario, caballero, valsemos mas deprisa.

—¿Gustais del vals segun eso?

—Gusto de aturdirme.

(Las vueltas siguieron con mas velocidad.)

—¿Habeis comprendido el vals como yo!

—¿Tambien quereis aturdirnos?

—Porque no tengo otro medio de olvidar un deseo.

Las vueltas fueron ya fantásticas, voluptuosas y la respiracion agitada de la pareja, no permitia articular mas que frases y palabras cortadas.

—¡Asi! ¡asi! valsemos de este modo, dijo la hermosa con entusiasmo.

—¿Qué feliz soy!... respondió estrechándola Felix.

—¿Y por qué?

—Porque... estais... contenta.

—¡Adulacion!

—Amor.

—Mentira.

—Os adoro.

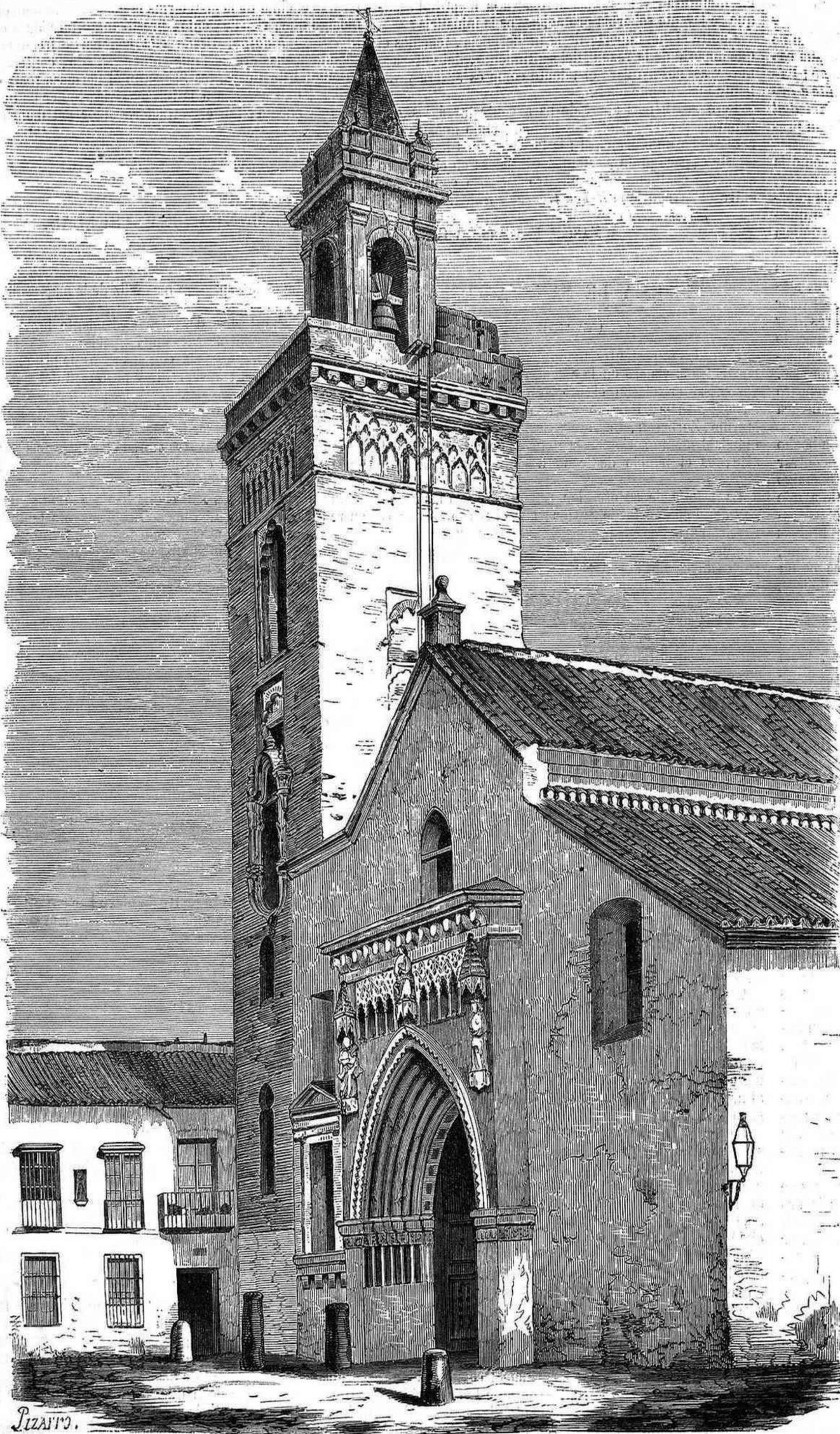
—¡Mas... mas aprisa! balbuceó ella con frenesí.

—Respiro.

El vals habia llegado á ser un delirio.

Todas las parejas silenciosas dejaron de bailar para admirar aquel giro incasante, voluptuoso, fantástico, aterrador.

El velo de estrellas se habia escapa-



Pizarro.

IGLESIA DE SAN MARCOS EN SEVILLA.

do de las manos de Felix que le plegaban por la cintura, é impulsado por la velocidad como la piedra que sale del arco, formaba alrededor de la cabeza de la hermosa, una atmósfera brillante y sutil, que iba rozando las frentes de las parejas formadas en círculo.

Por fin cesó la orquesta, y la pareja se dirigió á un extremo del salon en medio de nutridos aplausos.

Para respirar mejor, la mujer levantó un extremo de su careta.

Era una belleza angelical é indefinible.

—¡Qué hermosa sois! dijo Felix con apasionado acento.

—Ese es mi martirio, replicó ella brevemente.

—¡Vuestro castigo y sería la felicidad de toda mi vida!

—Son muy necios los hombres que buscan la felicidad en un rostro, porque el rostro se marchita.

—Es que vuestra alma es tan hermosa como vuestro semblante.

—¡Me haceis dudar de vuestro amor! y la hermosa suspiró profundamente.

—¿Por qué, si el rostro es un espejo?

—Pero un espejo que puede mentir.

—¿Y podría mentir en vos?

—¿Quién sabe!

—No me habeis comprendido.

—Sí; escuchad: mañana volveréis al baile, y os hablaré con franqueza.

—Dejadme que os acompañe.

—Os lo prohibo espresamente.

—¡Me resigno... adios amor mio!

La hermosa le miró profundamente; le estrechó la mano, y le dijo tristemente.

—Mañana bailaremos nuestro último vals

Despues desapareció.

VI.

Al siguiente día fue puntual á su cita.

La bella máscara á la que Felix llamaba su hada, le estaba mirando desde su entrada en el salon con una fijeza indescifrable.

Y al través de la negra careta sus ojos de fuego exhalaban miradas lánguidas, sublimes, deliciosas.

Felix se acercó subyugado, y la dijo únicamente.

—Héme aquí dispuesto á obedeceros.

—Valemos si quereis, replicó ella prontamente como si quisiese vencer una lucha interior: van á tocar la *invitación* de Weber.

La música dejó oír las primeras notas de aquella bellísima composición.

Y empezaron lentamente las vueltas.

Felix volvió á su ataque.

—Me habeis prometido una historia.

—Todavía no es hora.

—¡Es que esa historia es mi sueño!

—Luego habeis venido por una mera curiosidad.

—Os dije ayer, y hoy repito que os adoro.

—Y yo repito que no os creo.

Y al pronunciar estas palabras la enmascarada temblaba, obligando á mi amigo á valsar con mas rapidez.

—¿Quereis pruebas?

—No: yo las busco sin pedir as.

—Eso quiere decir que me amareis algun dia.

—¡Tal vez!

—¡Oh! ¡qué felicidad!.. valsemos mas aprisa.

—Sí, valsemos como ayer.

Y la escena se repitió por completo. Pararon las parejas, volvió el vértigo, y volvió á flotar el velo sobre las cabezas de todos.

¡Aquel velo sutil, brillante á la luz, vago y en continua ondulacion!

Pero esta vez, la hermosa, respirando con dificultad se sentó en un taburete antes de que Felix indicase el cansancio.



CUADRA DE CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

Despues aceptó el brazo de su amigo para pasar al salon de descanso. Y allí se quitó por completo la careta.

Felix no pudo contener una exclamacion de terror involuntario.

Aquella hermosa cara, aquellas facciones dulces, aquella belleza griega, estaba desfigurada por la rubicundez amoratada de sus mejillas, por lo hundido de los ojos y por la fatiga que hacia temblar su pecho.

Nuestro héroe conocia algo la medicina y no pudo equivocarse.

La hermosa, sin embargo, permaneció impassible.

Le dirigió una mirada intensa; le abarcó en ella como si se despidiese por última vez y le dijo tranquilamente:

—Antes de relataros mi historia, que es corta y sencilla, permitidme un momento que me retire para dar órdenes á mis criados que esperan á la puerta.

Felix se inclinó y al cabo de un momento repuso.

—¡Espero!

—¡Oh! si, fue la única respuesta, pronunciada con un acento singular.

Entonces la máscara fué alejándose lentamente entre el bullicio hasta perderse en la puerta del salon.

Y mi amigo, sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba, veía irse alejando aquel velo estrellado que fijaba exclusivamente su atencion, y que por un fenómeno propio de su cabeza exaltada, parecia irse engrandeciendo á medida que huía, y que exhalaba hasta él su perfume de hermosura y pureza.

Por fin se perdió lentamente sin violencia y sin esfuerzo como si desapareciera en otras regiones.

VII.

Mi amigo esperó inútilmente durante algun tiempo.

Al cabo de media hora, un hombre cubierto con un dominó negro, se acercó resueltamente, le entregó una carta y desapareció.



DON FEDERICO MADRAZO.

La carta decía así:

«Felix: Os amo hace mucho tiempo en secreto, porque habeis sido el sueño de toda mi vida. Hace dos años, que, por todos los medios que son permitidos á una mujer, he procurado que fijáseis en mi ese afán de deleite y de locura que os domina. Por fin, supe que estábais degradando vuestro nombre y mi amor, en una reunion de miserables, y me atreví á pasar por aquella casa, seguida á lo lejos por mis criados. Dios quiso apiadarse de mí y darme el último consuelo. Os enamorásteis de mi velo como artista y despues... ya sabeis lo que ha sucedido. He sido dos noches feliz, valsando con vos y respirando vuestras palabras de amor, que creia sinceras. Pero conozco que no podríais amarme como yo os amo, y que no llevaria á mi sepulcro ninguna ilusion, si correspondiese á vuestro capricho con el amor de toda una vida. Tampoco mi deber me permite sacrificaros por una corta felicidad. Anoche comprendí cuánto os horrorizaria el sacrificio. Si... voy á morir muy pronto, porque la herencia de mis padres ha sido el dolor y la muerte. Todos mis hermanos han sucumbido ya á la enfermedad á que está condenado cuanto nos rodea. Yo he podido llegar á los diez y ocho años, y ansío ya buscar un cielo que cure mis dolores. Mi corazón dice que le encontraré y que desde él podré amaros. Os dejo toda mi fortuna y marcho á despedirme de mi virgen América. Acordaos de mi nombre que os lego en esta hora solemne.

¡Te amo mucho!—María.»

Felix quedó inmóvil: aquellas quejas y aquel dolor habian penetrado en su corazón, cerrado hacia mucho tiempo á todo rastro de virtud, de sentimiento y de romanticismo de corazón.

No quiso correr locamente tras de aquella fantasma angelical, porque conoció que su resolucion era inmutable.

Tampoco queria aceptar la herencia de María, porque era un vínculo que le ataba perpétuamente á un recuerdo, á él tan libre y tan independiente.

Dejó obrar al tiempo, y volvió á su antigua vida de placeres para olvidar.

Pero... el sueño no bajaba con tanta frecuencia á sus párpados, ni el placer hacia callar con tanta facilidad los latidos del corazón.

VIII.

Siete meses despues, en el de setiembre, Felix marchó á Valencia, á llenar sus sentidos con las flores y el amor.

Al dia siguiente de su llegada, recorrió las calles sin direccion, extraviado como viajero que gusta perderse.

Al poco rato, varios carruajes formados en fila le detuvieron el paso.

Se oía una orquesta de iglesia y las campanas que doblaban lentamente.

El curioso forastero quiso enterarse y entró en el templo, despues de haber pasado junto al carro fúnebre.

Era un entierro lujosísimo.

Dos hileras de lacayos rodeaban el túmulo.

Y una brillante orquesta ejecutaba la misa de requiem de Mozart.

Felix quiso saber quién era el muerto y despues de una lucha obstinada con la inmensa muchedumbre que obstruia la iglesia, se acercó al catafalco.

Empezaba el *Dies iræ*, cantado de una manera majestuosa, que hacia temblar los corazones.

De repente Felix dió un grito aterrador, que resonó como un gemido en todos los ámbitos de la iglesia.

Habia caído en el suelo aturrido y fascinado.

Porque pendiente de la caja, colgaba un velo negro con estrellas de plata, y un rostro inolvidable vuelto hacia él, parecia mirarle y decirle: ¡te amo, te amo siempre... viva ó muerta mi mirada no se aparta de tí! María habia sucumbido sin poderse embarcar; pero á pesar de su demacracion y palidez, María estaba bella, con esa belleza espiritual de los ángeles que solo comprende el corazón.

Despues de un momento Felix se levantó densamente pálido: dió las gracias á los que le habian socorrido, y les aseguró que era una enfermedad ya antigua la que le ocasionaba tales ataques.

Toda la misa continuó mirando aquel rostro, que con el magnetismo de la muerte, habia obrado en su alma una revolucion.

Despues, á pié, y lejos de toda la comitiva acompañó el cadáver hasta el cementerio.

IX.

Al anoecer se encaminó de nuevo á la mansion de los muertos.

Estaba cerrada.

Pero Felix escaló la tapia como pudo y con el instinto de su deseo buscó la tumba de María.

Se arrodilló junto á ella, vertió un llanto dulce que no habia corrido por sus mejillas hacia muchos años, y oró por la que tanto le habia amado.

Aquella oracion y aquel llanto le sumieron en un éxtasis indefinible.

Y creyó ver salir de la tumba, aquel velo plateado que era el símbolo de una vida.

Y el velo se iba extendiendo inmensamente y brillaba en la oscuridad de la noche.

Y se iba alejando con lentitud, y enviaba á su abrasada frente una brisa suave y perfumada.

Y cuando estaba lejos, muy lejos, Felix elevó su vista para distinguirlo, y las nubes que tapizaban el cielo se rasgaron como una gasa, y el velo de plata fué á convertirse en un cielo estrellado que le envolvía por todas partes.

Aquellas estrellas, aquel azul oscuro, eran las mismas estrellas, el mismo color del velo de su amada, que segun su promesa habia ido á ocultarse en el cielo para amarle desde allí.

Y tambien aquel inmenso velo giraba y lucia como en la noche del baile.

Y le perfumaba, llenándole de esperanzas consoladoras.

Porque era su alma que despertaba y el amor que llenaba el mundo.

.....

Por eso Felix mira tanto al cielo y pasa las noches de primavera, tendido en su hamaca del jardín.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

COSTUMBRES CABALLERESCAS.

ENTRADA DE LA REINA ISABEL DE BAVIERA EN PARÍS EN EL AÑO DE 1389.

—«Ea, ya suenan los clarines, no descuidarse, muchachos, corramos á encaramarnos á aquellos árboles para ver mejor la reina y su comitiva:» así decian unos pilluelos de la gran calle de Saint-Denis al oír los ruidos lejanos del acompañamiento de la reina Isabel de Baviera que hacia su entrada solemne en París el 20 de agosto de 1389. Casada estaba con el monarca de Francia hacia ya cuatro años, pero hasta entonces no se habia celebrado fiesta notable alguna. Menos por amor á la jóven reina que por el deseo de divertirse y solazarse con locas magnificencias y peligrosos torneos, quiso reparar Carlos VI el olvido de no festejar á debido tiempo á su esposa.

Froissart, cronista de aquella época, que se encontraba entonces en París, describió estensamente las fiestas con que se celebró la entrada de la reina Isabel, y nosotros sacudiendo el polvo de su antigua crónica, vamos á trasladar á nuestros lectores sus mas interesantes detalles.

Amanecia un hermosísimo dia del mes de agosto cuando ya se reunian en la poblacion de Saint-Denis las nobles damas de Francia que debian acompañar á la reina, y los señores que debian conducir las literas de la reina y de las damas. Mil doscientos burgueses de París, montados todos á caballo y vestidos de verde y encarnado, se colocaron á uno y otro lado del camino. La reina de Francia venia en una magnífica litera puesta al cuidado de los duques de Turena, de Borbon, de Berry, de Borgoña, de mesir Pedro de Navarra y del conde de Astreva. Inmediatamente detrás, y en un palafren ricamente enjaezado, sin litera, seguia la duquesa de Berry, acompañada de los condes de la Marca y de Nevers. Tambien la duquesa de Turena, para diferenciarse de las demás, segun asegura el cronista, quiso entrar sobre un palafren, y cabalgaba de uno á otro lado, mientras que los caballos de las literas caminaban paso á paso.— En diversas literas, todas descubiertas, seguian la duquesa de Borgoña, la duquesa de Bar, Margarita de Hainaut, condesa de Nevers, la señora de Coucy y una porcion de damas y damiselas, todas acompañadas y obsequiadas por los principales caballeros de la corte. Y tanta era la muchedumbre de gentes que se agolpaban en las calles, que los oficiales del rey y los hombres de armas se hallaban sumamente apurados para abrir paso á la regia comitiva. Parecia, dice Froissart, que se habia enviado allí espresamente á todo el mundo.

En la primera puerta de San Dionisio, al entrar en París, habia un cielo todo estrellado y debajo una porcion de niños vestidos de ángeles que cantaban muy dulce y melodiosamente, acompañando una imagen de Nuestra Señora que tenia en brazos un pequeño niño: allí estaban las armas de Francia y de Baviera, con un sol de oro resplandeciente, destinado para divisa del rey en las justas que debian celebrarse.

La fuente de la calle de San Dionisio estaba cubierta y adornada de draperia azul bordada de flores de lis de oro, y los pilares que la rodeaban cubiertos con las armas de muchos nobles de Francia. Por los caños de la fuente manaban vinos generosos que eran servidos en copas de oro y ofrecidos á todo el mundo por jóvenes muchachas elegantemente vestidas, que tambien cantaban melodías del gusto de aquella época.

Mas adelante se encontraba un gran castillo lleno de fingidos moros, que batallaron al pasar la reina á las órdenes de su rey Sa'adino contra los doce pares de Francia, el rey Ricardo y otros caballeros, de cuya fiesta quedaron los circunstantes muy contentos.— Y mas adelante, en la segunda puerta de San Dionisio,

habia otro cielo estrellado con un coro de ángeles que cantaban, y las imágenes de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: al pasar la reina Isabel abriéronse las puertas del paraíso y salieron dos ángeles que le colocaron sobre las sienes una corona de oro guarnecida de piedras preciosas.

Toda la calle de San Dionisio estaba cubierta de riquísimos paños de seda, como si uno estuviese en Alejandria ó en Damasco. Muchas de estas colgaduras representaban antiguas historias, y los aparatos de representaciones y castillos continuaban siendo interminables. En uno, por ejemplo, varios hombres tocaban un órgano muy espresivo; en otro habia una especie de trono donde descansaba *madama Santa Ana*; mas adelante se hallaba un bosque con un gran ciervo blanco y de entre las ramas salian un leon y un ángel, á los cuales combatian doce doncellas para defender al ciervo. Los puentes del Sena estaban cubiertos con ricos tapices, y en fin, las invenciones seguian hasta la puerta misma de la iglesia de Nuestra Señora. En ella entró y oró la reina de Francia, pasó luego toda la comitiva á palacio á la luz de mas de quinientas antorchas porque ya anocheaba. En palacio estaban el rey, la reina Juana y la duquesa de Orleans, su hija, que esperaban la brillante comitiva. Descendieron allí las damas de sus literas repartiéndose en diversos aposentos, pero los señores, despues de haberse terminado las danzas regresaron á sus casas particulares.

Al siguiente dia, que era lunes, dió el rey un gran convite en su palacio de París á todas las damas de la corte que pasaban de quinientas. Inútil es decir cuán espléndido fue el banquete, al que se sentaron ambos monarcas con ricas coronas de oro en las sienes. Sucedió sin embargo aquel dia un percance que pudo costar caro á la mayor parte de los convidados. Habia levantado en el centro del palacio un magnífico castillo de madera de cuarenta piés de elevacion, con cuatro torres en las esquinas y en medio una torre sola mas alta. El castillo figuraba la ciudad de Troya y su torre céntrica el palacio de Ilion. Diéronse allí diferentes ataques entre griegos y troyanos, tocóse al asalto, los ingenios que acercaron á las murallas se movian por medio de ruedas, el calor era grande producido por un magnífico sol de agosto, el gentío inmenso y agolpado en términos que no podia darse un paso; un gran banco desde donde presenciaban la fiesta muchas damas fué derribado por el suelo, y las damas cayeron desmayadas; principiaron todos á sofocarse; la reina misma estuvo á punto de ser atropellada y hasta fue preciso romper vidrieras para que entrase el aire. Advertido el rey del tumulto mandó cesar el figurado combate. Así se libró, dice graciosamente Froissart, *de repartir vino y dulces aquella tarde*, porque todo el mundo se retiró á sus casas y muchos no salieron ya en lo que restaba del dia.

La cena tuvo lugar en otro palacio colocado á orillas del Sena y llamado de San Pablo. Los que acudieron bailaron toda la noche hasta el amanecer en que cesaron las fiestas.

Referir ahora minuciosamente los regalos que los parisienses hicieron al dia siguiente á la reina de Francia y á la duquesa de Turena, seria salir de nuestro propósito. Uno de los mencionados regalos consistia, por ejemplo, en una magnífica litera conducida por dos hombres vestidos de salvajes. Dentro de la litera habia cuatro grandes jarrones de oro y otras piezas de vajilla que juntas pesaban ciento y cincuenta marcos de oro. Otro regalo fue no menos espléndido, pues las piezas de vajilla de plata y oro eran tan numerosas que pesaban hasta trescientos marcos. Conducian este regalo dos hombres vestidos de oso el uno y el otro de unicornio. Un tercer regalo, dedicado á la duquesa de Turena, era conducido por dos hombres disfrazados de tártaros.

Aquel mismo dia, que fue martes, comieron todos, reyes, damas y señores en sus aposentos particulares, porque á las tres en punto de la tarde debian acudir al campo de Santa Catalina en donde se celebró un interesante torneo. Los nombres de los caballeros que rompieron lanzas no interesarían mucho á nuestros lectores: todos lo hicieron bien: distinguióse el rey, justó perfectamente el duque de Irlanda y tambien un caballero alemán, del otro lado del Rhin, que se llamaba Servais de Miranda. Dice el cronista: *todos lo hicieron bien y fueron alabados de las damas. ¿Qué mas podian desear?...*

Las justas, danzas y banquetes continuaron hasta el viernes de aquella semana, en cuyo dia los reyes de Francia despidieron galantemente á todas las damas y caballeros, dándoles las gracias por haber tenido la amabilidad de asistir á sus fiestas.

JANER.

Por fallecimiento del eminente pintor don Juan Ribera, cuyo retrato y biografía publicamos oportunamente en este periódico, ha sido nombrado director del Museo de Pintura, el señor don Federico Madrazo, actual director de la Academia de Pintura, y segun creemos el pintor de cámara mas antiguo. El señor Madrazo es muy conocido como artista de gran mérito en España y en el extranjero. En el presente número hallarán nuestros lectores su retrato.

UN RECUERDO.

Tenia yo quince años. Principiaba á germinar dentro de mi alma esa tendencia á lo desconocido y maravilloso que siempre ha sido el norte de mis acciones y en mi corazón un deseo, que aun yo mismo ignoraba.

Era una hermosa tarde de primavera. El cielo de un azulado diáfano respiraba amor. Las flores con su fragancia parecían convidar al amor. Las aves cantaban amores.

Solamente yo silencioso tenía un vacío en mi pecho; solamente no conocía yo las pasiones, y deseaba en mi ignorancia de niño, tener las afecciones del hombre.

Paseaba por lo mas solitario del Buen Retiro, mirando al sol, próximo á ocultarse en un horizonte rosado, cuando de repente ví venir por el lado opuesto de la calle de árboles, á una jóven, casi una niña, de incomparable belleza.

Al llegar cerca de mí pude distinguir distintamente sus facciones. No era muy alta y sin embargo tenía tal aire de magestad, al mismo tiempo que de inocencia y candor que me encantaba. Sus ojos eran negros y animados. Sus hermosos cabellos caían en trenzas sobre su esbelto cuello y la agitación daba á su rostro un color subido que la hacía parecer aun mas hechicera.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡que va á anochecer pronto! decía la niña, medio inquieta, medio colérica.

La persona á quien llamaba Rosa no contestaba.

Yo no sé que agitación sentí entonces, que comprendí ardian mis mejillas con un fuego desconocido. Un temor también desconocido me detenía, al mismo tiempo que deseaba acercarme á la niña, que continuaba llamando sin tener contestación, ¡Rosa, Rosa!...

¿Era que por vez primera conocía el amor? No me pude por entonces convencer de ello, y solo mucho después adquirí la certeza de no ser infundadas mis sospechas. El sol continuaba ocultándose, y pronto sin duda se acabarían de estender por la campiña las sombras de la noche.

Al llegar junto á mí me miró, sin atreverse á hablarme; y comprendiendo su pensamiento que sin duda temía manifestar, me ofrecí á ser su guía, aunque temblaba al dirigirle la palabra.

Aceptó diciendo que se había separado de su doncella y sin duda la esperaría á la puerta principal del Retiro y nos dirigimos hácia allí en silencio.

Me parecía un crimen romperlo el primero y sin duda sentía ella lo mismo que yo, pues caminamos durante algunos minutos con una gravedad casi increíble.

De vez en cuando me atrevía á mirarla, y al encontrarse nuestros ojos, bajábamos ambos la cabeza. ¿Era pues un delito lo que hacíamos?

Al fin me dirigió ella la palabra:

—Siento que se moleste usted por mí.

—¿Molestarme? contesté mirándola hasta que bajó los ojos. A su lado de usted no se conocen las molestias.

Creí haber dicho mucho y me volví á callar. Al cabo de algunos segundos añadió la jóven.

—Esa Rosa, en poniéndose de conversacion con el novio, no se cansa nunca. Tendré que echarle un sermón.

—¿Es un crimen amar? la dije vacilante.

Sin duda me había propasado, pues no tuve contestación. En esto llegamos al bosque de lilas y la di mi mano para pasar una hendidura del terreno. Sentí que me la oprimía, y creí que sería para apoyarse bien... era la contestación á mi última pregunta.

Su confianza alentó mi timidez, y al llegar junto á la calle de las Estatuas le había dicho mi nombre, mis proyectos, y el efecto que me había producido su encuentro. Supe en cambio que se llamaba Emilia, que era muy rica, y que no le había parecido indiferente.

Su doncella Rosa venía tranquilamente del parterre, agarrada del brazo de un jóven, y al vernos se sonrió maliciosamente. No temía que le dijera nada su señorita, pues poseía su secreto.

Me despedí de la graciosa niña lleno de mil pensamientos, y por mas que volví diariamente al sitio en que me la había encontrado, no pude verla mas.

Dos años habían pasado. Me encontraba huérfano y pobre, y me avergonzaba de no poder alternar con mis antiguos conocimientos.

Una tarde, que segun mi costumbre, me dirigía hácia el estanque del Retiro, que tanto me recordaba el mar de mi querida Cádiz, me detuve para dejar pasar un coche ocupado por una jóven bellísima. Era Emilia.

Solo pude ver el lujo que ostentaba y la sonrisa que dirigía á un jóven, que hacia caracolear su caballo, junto á la portezuela.

Palpitó mi corazón con violencia y estuve por llamarla. El coche estaba ya lejos y al mirar mi vestido miserable, lancé un suspiro y me confundí entre la multitud.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA NIÑA DEL BOSQUE.

Camino del bosque ameno,
Siempre me parece largo
Y es que al fin me espera siempre
La niña que adoro tanto.

¿Veis aquellas casas blancas

Que están tras aquel cercado

Rodeadas del perfume

Y el fresco verdor del campo?

Son la mansion de mi niña,

Morena de ojos velados;

La de la boca risueña,

La de los dulces encantos.

En el bosque florecido

Brilla de mi estrella un rayo,

Y allí se oculta mi amor

Que está mi amor emboscado.

Los luceros de FELINA

Van mi destino alumbrando;

Perderé mis ilusiones

Si á su clara luz no alcanzo.

Que ella es la hermosa esperanza

Que en mi pobre lira canto,

Y sé que es vivir muriendo

Vivir desesperanzado.

EDUARDO BUSTILLO.

EL ANOCHECER.

MORENO.

El sol se esconde

Tras las colinas

Y de las altas

Sierras vecinas

Bajan las sombras,

Velando en torno

La del crepúsculo

Luz sin color.

Lentas del rio

Pasan las olas,

Duermen las aves

Y sus corolas

Abren las flores,

Al que reciben

Del blando céfiro

Beso de amor.

Ya el buen labriego

Deja el arado,

A sus apriscos

Torna el ganado,

Se oye del buho

La voz medrosa,

Tiende el murciélago

Su vuelo ya.

Y en el celaje

Del firmamento

Héspero asoma,

Y en un momento

Crecen las sombras,

Todo es tinieblas...

En noche lóbrega

La tierra está.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

SAN MIGUEL DE LINO

Y SANTA MARÍA DE NARANCO (1).

(ASTURIAS.)

II.

Sobre planta en forma de cruz, elevase la iglesia de San Miguel de Lino, ocupando, segun el erudito Risco, y antes de él el cronista Morales, no mayor espacio con el grueso de sus paredes que cuarenta piés de largo y veinte de ancho, sin embargo de cuyas reducidas dimensiones se levantan esbeltos los muros, determinando perfectamente los brazos del crucero, la cúpula y la nave, que por ventura aun subsisten, ya que por desgracia solo quedan como testimonios de su existencia los cimientos del ábside destruido, y de la figura semicircular que cerraba las capillas colaterales. Proporcionada puerta de arco presta ingreso al santuario en la imafrente ó fachada á los piés de la iglesia, puerta que en las jambas interiores, rodeados de franjas de menudas hojas dispuestas á manera de escamas y cuadrados y rosetones de bizantino estilo alrededor de los cuales corre una especie de cordon, lleva tres tosquísimos grupos de relieve, que mas que de este género de escultura, parecen grupos de figuras delineadas á cincel, al modo que lo hacían los egipcios, sin bulto alguno en las formas, y marcando los contornos exteriores y las escasas indicaciones del dibujo interior con iguales trazos toscos y poco profundos. El grupo superior y el último parecen representar la figura de la Virgen sentada en una especie de trono con dos santas á los lados, llevando un cetro la primera y todas ellas rodeada la cabeza con una especie de nimbos ó mejor diademas formadas de rayos. El asunto del centro es mucho mas extraño: parece representar una escena de juglares, pues se ve á la izquierda un leon puesto de pié, y mas allá un hombre enteramente desnudo, sin otra vestidura que

(1) Véase el número 25 del Museo Universal.

un ceñidor cubriéndole desde la cintura hasta los muslos parecidísimo al de nuestros actuales titiriteros, cuyo juglar, teniendo la cabeza hácia abajo y los piés para arriba echados hácia atrás, se sostiene sobre las manos apoyadas en un palo en direccion vertical; á la derecha y detrás de él otro juglar con larga túnica, suelta, pero formando muchos pliegues en sentido horizontal, amenaza al leon con un látigo en la mano izquierda y una especie de maza en la derecha. Imposible es determinar el origen de este adorno, sin duda bastante extraño, á no ser que veamos en él algun emblema místico, cuyo significado no alcanzamos á comprender, ó acaso alguna aventura desconocida hoy hasta de la tradición, que quiso perpetuar el artista en su tosco relieve, á la manera que en San Pedro de Villanueva quedó esculpido el triste suceso de don Favila.

Dos ventanas semicirculares, una encima de otra, tapiada la inferior en mas de sus dos terceras partes, ábrense sobre la puerta para dar luz al coro y á la nave, ventanas que acaso llevarian en algun tiempo calados á la manera de los que se observan en dos agimecillos laterales del mismo frente, cuyo prolijo trabajo solo pueden oscurecer con su rica combinacion de círculos intersecantes igualmente calados en piedra, los agimeces de rebajada curva, abiertos en ambos lados del crucero; agimeces formados por tres columnillas de fustes con estrias espirales, capiteles con informes recuerdos de los corintios, y arquitos con labor imitando trenza, cuyo mismo labrado lleva una franja que rodea todo el agimez á manera de cordoncillo; ¡lástima grande que de estas dos notabilísimas ventanas solo subsista entera la del Mediodía y que resten solo pequeños fragmentos de la del Norte. En el muro que sobre la fachada se levanta, perteneciente á la cúpula, ábrense tambien otra pequeña estrella de análogas labores, preluando los futuros rosetones del estilo que, cuatro siglos mas tarde, habia de levantarse como dominador absoluto del arte.

El interior de esta notable iglesia ofrece materia para largas investigaciones acerca de su primitiva disposicion. Restauraciones posteriores, hechas con mas ó menos inteligencia, han desfigurado de tal manera la primitiva fábrica, que hacen casi imposible poder determinar como se hallaba distribuida en otro tiempo. Paredes que estamos muy lejos de considerar de la época primitiva, cierran los lados, dejando empotradas en ellas columnas que bien claramente indican debieron encontrarse aisladas. De gruesos fustes lisos ó estriados y de labrados capiteles con estrellas y ruedas espirales divididas por cordones que asi recuerdan la manera bizantina como la latina por sus reminiscencias dóricas, parecen indicar estos sostenimientos, haber tenido pegadas á los lados otras columnas mas pequeñas, de las que acaso arrancarían órdenes de arcos para formar las capillas, en lugar de los lisos y secos muros en que hoy tropieza la vista por donde quiera. Solo asi se comprende la descripcion de Morales en su crónica y en su viaje santo, cuando nada nos dice de muros, y alaba por el contrario la riqueza de sus doce columnas, las mas de buenos jaspes «diversas y todas dentro del crucero bien repartidas para mucho ornamento,» añadiendo poco despues: «tiene cierta diversidad en tamaño y forma, y en alzarse lo uno y bajarse lo otro, ensancharse aquello y retraerse estotro, que se gozan enteramente las partes del edificio, dándose lugar las unas á las otras para que se parezca lo que son y qué lindas son.» Y solo asi tambien se comprende el destino que tendrían los mas pequeños capiteles, y trozos de menores fustes que se encuentran entre ruinas dentro de la iglesia.

Despues de examinarlas, de estudiar el desfigurado templo y de leer las citadas cláusulas, no podemos dejar de confirmarnos en nuestro juicio. El interior de aquella iglesia cristiana con su planta de basilica debia estar distribuido solo por medio de arcos: sobre arcos tambien se alzaria la cúpula ó cimborrio á la manera bizantina en vez del moderno cielo plano que hoy encuadra el alto centro del crucero. Acaso y para completar la medida de cuarenta piés de largo que le asigna Morales, segun la acertada conjetura del señor Parcerisa, existiría otra arcada y el ábside, el cual, segun el mismo señor, por afirmación conteste de personas que vieron los cimientos, cuando la restauracion que en época muy reciente hizo el señor Hermida, era de forma semicircular.

El coro ó tribuna á la que se sube desde los brazos del crucero por dos escalerillas, ocupa el cuerpo de la nave, presentando todos los caracteres de conservarse en su primitiva construcción, lo que tambien declaran las pequeñas columnas pegadas á la pared en las jambas del arco que cierra esta tribuna. A los lados de ella se abren dos estancias, ó mas bien, como dice oportunamente el señor Quadrado, dos especies de nichos, «á lo que se puede entender, de tener libros y otras cosas, pero de los que dicen los de la tierra una donosa fábula, que eran estancias del rey don Alonso el Casto y su mujer donde dormían despues que se apartaron (1).»—Labor á manera de trenza rodea los arcos asi de la iglesia como de los que dan entrada á estas estancias del coro; y á los lados del altar mayor se encuentran relieves hermanos gemelos en el arte de los que llevan las jambas de la puerta de entrada, con tres compartimientos, mucho mayor el primero que los otros dos ocupados por tres

(1) Morales.



LÁMINA DEL NUEVO VIAJERO UNIVERSAL.—EL SULTAN SOUK Y SU FAMILIA.

iformes figuras de gruesa cabeza y amplias túnicas, las cuales apoyan las dos manos en un *báculo* de igual traza que los que se ven en los trapecios que forman los capiteles de la iglesia de Santa María de Naranco.

Contrastando notablemente con la rudeza de estas esculturas, encuéntrase á los lados de las columnas del crucero dos tablas de finísimo mármol, con delicados relieves de círculos y follajes de acanto. El señor Quadra do cree de la misma época que las demás labores de la iglesia, y dice hablando á propósito de su perfeccion, que muestra cuánto se adelantaba el estudio de ornamentación al de figura. Nosotros tenemos el sentimiento de disentir de este parecer: si bien el dibujo de adorno se presenta generalmente con mas precoz desarrollo que el de figura, en la iglesia de que vamos hablando existen elocuentes ejemplos de que no estaba tan adelantado el primero como requerian las perfectísimas labores del mejor gusto greco-romano á que pertenecen las dos franjas citadas. El dibujo de adorno se encontraba en el vacilante estado que demuestran las jambas de las puertas, las trenzas de los arcos y los capiteles de las columnas: solo en las combinaciones geométricas se ostentaba con cierto atrevimiento, que nunca tuvo cuando representaba objetos de la naturaleza animada ó muerta. La firmeza y al mismo tiempo la elegancia y franqueza que en los follajes de acanto de dichas piedras se hallan, están muy lejos de pertenecer á un período de desarrollo y de imitación en el arte, que al copiar los capiteles corintios, de tan mala manera reproduce esas mismas hojas de acanto, como se ve en las columnillas de los capiteles de esta iglesia y por regla general en

todos los esculpidos en la época latina. Así es que cuando tuvimos el gusto de visitar el venerando y casi destruido santuario, nos inclinamos á creer obra romana las referidas franjas, conservadas entre otras edificaciones en la cercana *Lucus asturum*, y trasladada al cristiano templo, siguiendo en ello una práctica muy comun en la decadente época del estilo latino. Carballo cree que las columnas de mármol fueron tambien llevadas de la misma romana *Lucus*. Pudiera haber sucedido, pues, como acabamos de decir era muy comun en esta época y tres siglos hacia aprovechar restos de edificios antiguos para los nuevos. Pero no encontramos en las columnas tales caracteres que nos hagan llevarlas á la época romana, como en las franjas de que nos hemos ocupado.

Tampoco creemos que desde luego se colocaron estas donde se encuentran, pues para estar empotradas, no se concibe que con igual proligidad labrasen sus dos caras; sino que por el contrario nos parece muy aceptable la conjetura del señor Parcerisa, segun la cual, pertenecian á la baranda ó valla que dividia el presbiterio del cuerpo de la iglesia, viéndose aun rastros de su colocación en las pequeñas columnas pegadas á las grandes y aun en el piso, escarbando la mucha tierra que lo cubre. En confirmación de la teoría que sobre el origen de dichas tablas de mármol hemos espuesto, pudiera citarse la lápida que presenta Ambrosio de Morales como existente cerca de San Miguel, trozo de piedra de labor romana y con inscripcion del mismo origen, y que este escritor en su crónica general, dijo que fue parte de un trofeo erigido á Octaviano César-Augusto en memoria de la conquista de Asturias, y en especial la antigua

ciudad de Lancia que era en aquel tiempo la capital de todo el país, comprobándolo su inscripción en que se leía:

CAESAR DOMITA LANCEA.

No fue por consiguiente una sola piedra romana la trasladada á San Miguel, y probablemente entre los sillares de esta iglesia, la de Santa María y del destruido palacio, se encontraron multitud de ellas pertenecientes á la repetida ciudad.

Por lo demás, el aspecto que hoy ofrece San Miguel de Lino, no puede ser mas triste para los amantes del arte. Restos de altares con modernos adornos, alguna antiquísima estatua en ellos, contemporánea del edificio ó si de otra época no mas distante que del siglo X; y en confuso amontonamiento, troncos de istriadas columnas, latinos capiteles, relieves del mismo género que el ya descripto del altar mayor; ruinas que si no procurá evitarlo la comisión de monumentos de la provincia, la pesada mano de la incuria y del abandono, hundirán para siempre en el olvido.

Antes de terminar las noticias que acerca de esta iglesia hemos apuntado, no creemos fuera de propósito añadir, que hace algunos años buscando los aldeanos un tesoro en las cercanías de San Miguel, encontraron un toscó sepulcro de piedra contemporáneo de la iglesia, formado de una sola pieza socavada y una losa encima, sepulcro cuya parte principal ó sea la gran piedra ahuecada diríamos que es una pila destinada á lavadero que encontramos delante de la casa del señor cura de Santa María de Naranco: por lo menos sino el mismo, indudablemente la tal pila no es otra cosa que un sepulcro del siglo IX ó X. Nuestro querido é ilustrado amigo don Nicolás Castor de Caunedo, nos ha asegurado tambien que en una de aquellas heredades se conservaba otra verdadera pila de grandes dimensiones, á la que daban los aldeanos enlazando la conjetura tradicional con el recuerdo histórico, el nombre de *baño de doña Urraca*, pero que el colono la hizo pedazos, pues segun decia los muchos curiosos que iban á verla le pisaban la tierra...

Libre Dios á nuestra historia del arte, de que algun otro calculador por el estilo, crea que las piedras de San Miguel, pueden servir para un moderno edificio. Mucho confiamos en la ilustrada y celosa comisión de monumentos históricos de la provincia, pero desgraciadamente ¡pueden hacer tan poco estas corporaciones...!

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El conde de Trastámara siguió las huellas de Cain matando á su hermano.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAS Y ROIG.

NUEVO

VIAJERO UNIVERSAL,

Enciclopedia de viajes modernos, recopilación de las obras mas notables sobre descubrimientos, exploraciones y aventuras, publicada por los mas célebres viajeros del siglo XIX, Humboldt, Bruckhardt, Livingstone, Parkins, Huc, Clapperton, Leichhardt, etc., etc. Ordenada y arreglada por D. Nemesio Fernandez Cuesta, para formar un viaje moderno alrededor del globo, y adornada con profusión de mapas, láminas sueltas y grabados intercalados en el texto, representando vistas, trajes, costumbres, aventuras, ceremonias, productos naturales y de la industria de los respectivos países, retratos, etc.

No parece sino que los acontecimientos se encargan de aumentar hasta lo sumo el interés que ya inspira la grande obra que con el título de *El Nuevo Viajero Universal*. Apenas repartido el tomo 1.º que contiene los viajes por Africa, ocurre nuestra guerra con Marruecos, que da importancia á la descripción de la historia, costumbres y estado actual de aquel continente, y sobre todo de las tribus nómadas del Norte. Hoy cuando se está publicando el tomo 2.º que comprende de el Asia consus grandes imperios de la China, del Tibet, de la India, de la Persia, de la Turquía, ocurren las complicaciones del primero de estos imperios, y los horribles sucesos de Siria, países tan fiel y minuciosamente descritos en este tomo, segun las narraciones últimas de los mas veraces é inteligentes viajeros.

El tomo 1.º se halla de venta y el 2.º quedará en breve completo, repartiéndose hoy por entregas.

El 3.º comprenderá los viajes por América; el 4.º los relativos á la Oceanía, y el 5.º y último los de Europa.